

tes en lo general; pero que en algunos puntos dominan la plaza á tiro de cañon rayado. Las grandes calles de la ciudad están perfectamente orientadas, correspondiendo los extremos que se cruzan como principales, á las direcciones de las cuatro puertas de la poblacion que se conocen con los nombres del Zapote, Santa Catarina, Chicácuaro y el Molino; puertas que, por el orden en que se han nombrado, quedan: la primera al Este, la segunda al Sur, la tercera al Oeste, y la cuarta al Norte.

Marchando por las grandes avenidas de la plaza ó por cualquiera de las que le son paralelas, las pendientes se encuentran poco sensibles; pero presentan notables ondulaciones que permiten llegar, sin peligro, hasta muy cortas distancias del centro, para lo cual ayuda mucho el que no todas las calles están tiradas á cordel y el que en los suburbios de la ciudad las casas no tienen la construccion sólida que las del centro, sino que son de construccion ligera. (1)

El conocimiento topográfico que el general imperialista Don Leonardo Márquez tenia de la ciudad y la casi persuasion en que estaba desde que quedó guarneciendo la poblacion, de que se veria atacada por gruesas fuerzas republicanas, le hicieron ocuparse preferentemente de todo lo relativo á la defensa de la plaza. Comprendió desde que se quedó hecho cargo del mando de la ciudad, que una vez separadas las tropas francesas de las mejicanas, y colocadas ambas á una distancia que impidiera su pron-

(1) Tambien esta descripcion se encuentra en el parte oficial dado por Don Leonardo Márquez.

ta reunion, sus contrarios concentrarian y cargarian sobre las segundas todas las fuerzas de que pudieran disponer. Desbaratada una de las alas del ejército imperialista del Interior, quedaban los juaristas en actitud de marchar sobre Toluca y llegar hasta las puertas de la capital del imperio: desprenderian, á la vez, las tropas suficientes para caer sobre la línea de operaciones que pasaba por Celaya y Querétaro, resultando de esta manera, á la retaguardia del ejército francés, con la pretension de hacerle ejecutar movimientos retrógrados y lograr que desvirtuara su plan de operaciones, á la vez que retardar la ocupacion de los Departamentos á donde se dirigian las tropas franco-mejicanas.

Para evitar que se realizasen los designios de los jefes republicanos, Don Leonardo Márquez mandó construir algunas fortificaciones que pusieran á las tropas de su mando en estado de resistir un ataque de sus contrarios. Acto continuo se dió principio á los trabajos bajo la direccion del general de ingenieros Don Mariano Reyes; pero no llevando los imperialistas mas que diez y seis dias de haber tomado posesion de la ciudad cuando se presentaron las fuerzas juaristas á tomar la plaza, á penas tenia esta uno que otro parapeto á medio concluir, una parte de los fosos abierta, y toda la línea cerrada por las obras de madera que debian ser, mas tarde, los revestimientos interiores de la fortificacion.

Don Leonardo Márquez, al ver presentarse á sus contrarios, puso el perímetro de la fortificacion, formado de cuarenta y cuatro parapetos y dos tambores, al mando del general Don Carlos Oronoz, dándole, por segundo, al gra-

duado de la misma clase, coronel Don Luis Tapia. El perímetro fué dividido en cuatro líneas, confiando el mando particular de ellas, una al coronel Don José Cástulo Yañez, otra al jefe de igual graduacion Don Gerónimo Casarrubias, la tercera al teniente coronel Don Fructuoso García, y la cuarta á Don Sabás Fernandez, que era de igual graduacion. Al tercer batallon de línea subdividió en pequeñas fracciones, destinándolo á cubrir la guarnicion de cada uno de los cuarenta y seis puntos fortificados de la línea de defensa, permaneciendo de reserva los batallones 1.º, 2.º y 4.º de infantería de línea. Cada uno de estos cuerpos fué dividido en dos columnas, á las órdenes de sus jefes respectivos, situándose la primera columna del 4.º en la plaza de San Francisco, y la segunda á la de San Agustín; aquella sirviendo de reserva especial en la primera línea, y la otra á la segunda línea: la primera columna del 2.º batallon en San José, y la segunda del mismo cuerpo en el colegio de las Rosas, sirviendo ambas de reserva á la tercera y cuarta línea. La compañía de zapadores cubria el punto del convento de Capuchinas, y era, á la vez, el sosten de los parapetos que cerraban la plazuela inmediata, así como de las alturas del mismo convento. A la caballería dió orden que quedara en sus cuarteles, con brida en mano, á fin de obrar cuando llegase la oportunidad de que entrase en accion; pero la necesidad de aumentar los medios de defensa proporcionando fuegos de flanco á los puntos fortificados, le obligó á repartirla en las alturas inmediatas de los principales parapetos. La artillería, al mando del coronel Don Manuel R. de Arellano, se situó

en varios parapetos que enfilaban las puertas de entrada á la ciudad, denominadas Santa Catarina, Chicácuaro y el Molino, y en otros puntos importantes. La fuerza imperialista que defendia la plaza, se componia de tres mil infantes y quinientos soldados de caballería, todos mejicanos, con diez piezas de artillería de batir y dos de montaña.

1863. Los sitiadores establecieron sus baterías, y Diciembre. á las diez menos cuarto de la mañana, hicieron sus cañones los primeros disparos, pasando los proyectiles por encima de los parapetos de la Merced, y marchando á caer en la Plaza de Armas. Un cuarto de hora despues, rectificadas la punterías, empezaron á lanzar granadas bien dirigidas, que iban á caer en la trinchera misma de la Merced, poniendo una de ellas tres artilleros fuera de combate. El fuego de cañon de los sitiadores no fué contestado por la plaza, porque la artillería que habia en ésta, no era rayada, y no tenia, en consecuencia, el alcance de la contraria. Dispuestas por el general republicano D. José Lopez Uruga sus tropas para lanzarse sobre la ciudad, destacó del grueso del ejército, á las diez y cuarto de la mañana, una columna de dos mil hombres á que se apoderase de la Merced, protegiéndola con su artillería. Las tropas liberales avanzaron con serenidad. Un vivo repique de campanas se escuchó en aquel momento en la catedral, música militar en la plaza, y gritos de entusiasmo por todas partes: era que los jefes imperialistas, para aumentar el ardor de sus soldados, habian dispuesto solemnizar el momento de verse atacados. La columna juarista marchaba entre tanto al asalto: la fuerza imperialista que defendia el punto

de la Merced, á donde los asaltantes se dirigian, se dispuso á resistir el ataque; y cuando vió cerca á sus contrarios, disparó con metralla dos piezas de artillería que tenia perfectamente situadas, enfilando la puerta de Chicácua-ro, que es una de las que dan entrada á la ciudad. La columna juarista se detuvo al recibir estos disparos, acaso para tomar nuevas disposiciones, y retrocedió hácia su campamento, solemnizando los sitiados el hecho con repiques, música y gritos de alegría. Los sitiadores colocaron varias de sus piezas de artillería en diversos puntos para emprender un ataque sério: á las cinco de la tarde rompió sus fuegos de cañon por el Norte y por el Poniente, sin que la plaza respondiera á ellos, y las reservas de los sitiadores hicieron algunos movimientos que indicaban que se preparaba un asalto vigoroso contra la ciudad. Un silencio profundo sucedió á los disparos de la artillería al ocultarse el sol. La opinion general de los jefes imperialistas era que al abrigo de la oscuridad de la noche, las columnas republicanas se acercarian para dar el asalto á la madrugada. Todo, con efecto, hacia presumir que ese era el pensamiento del general en jefe juarista Don José Lopez Uruga, pues en medio de las densas sombras y favorecidas las fuerzas sitiadoras por las ondulaciones del terreno, llegaron á aproximarse al perímetro fortificado en todas direcciones; pero muy particularmente hácia la parte meridional y septentrional de la plaza, en cuyo sentido calculó, y con mucho acierto, que la corta latitud del perímetro de la fortificacion, le permitiria llegar con suma rapidez, hasta el mismo centro.

A las doce de la noche los sitiadores rompieron un fue-

go lento de fusilería por algunos puntos, que cesó pocos momentos despues.

Entre tanto el general imperialista Don Leonardo Márquez, visitaba la línea de defensa: en toda ella se trabajaba con admirable actividad: la tierra de los fosos se hacinaba sobre los traveses de madera, para nulificar el estrago que de otra manera debian causar los proyectiles de los republicanos; aquí se abrian cañoneras, allí aspilleras; en una parte se aglomeraban los obstáculos que era posible poner al asalto que se esperaba, y en otras se fortificaban las alturas ó se improvisaban esplanadas para facilitar el fuego de la artillería.

A la una y media de la mañana, el general imperialista Don Agustin Zires dió aviso á Don Leonardo Márquez, de que una fuerza considerable de los sitiadores habia ocupado la plazuela de San Juan y la calle de la Misericordia, á la vez que los indicios hacian presumir que estos puntos de la línea de los sitiados, serian los que tendrian que resistir los mas vigorosos ataques.

La plazuela de San Juan está situada al Noreste de la plaza, y se encontraba muy inmediata á la línea de defensa.

1863. El general Don Leonardo Márquez se dirigió inmediatamente al punto amenazado, y dictó las providencias que juzgó mas convenientes para resistir á sus contrarios, colocando fuerzas en puntos á propósito, y situando piezas de artillería en donde mas estragos pudieran causar á los asaltantes.

La situacion de lo sitiados era crítica, y cortos los momentos que en concepto de ellos debian transcurrir para

ser atacados, puesto que la luz de la mañana empezaba á iluminar la tierra. Don Leonardo Márquez, queriendo aprovechar los instantes en aumentar los elementos de resistencia, dispuso que el jefe de la línea, teniente coronel Don Sabás Fernandez, hiciera abrir prontamente, en las paredes de la plaza de toros, todas las aspilleras que fuese posible, hácia la parte que vé á la plaza de San Juan; al comandante general de artillería, coronel D. Manuel Ramirez Arellano, le ordenó que mandase destechar una parte de la misma plaza y que se improvisase una escala con los bancos que allí habia, á fin de establecer una comunicacion fácil y pronta con la altura superior del edificio; y mandó, por último, que la corta fuerza que guardaba la referida plaza de toros, fuese reforzada con cincuenta hombres de la columna de reserva del 2.º batallon de línea, que estaba situada en San José.

Eran las seis de la mañana del 18 de Diciembre, cuando el fuego de cañon y fusilería que desde las dos de la madrugada se habia empezado á escuchar lentamente, se dejó oír con todo vigor, generalizándose por el Poniente y por el Norte; esto es, desde la Merced hasta San José. En esa hora en que los primeros albores de la mañana no permitian todavía distinguir claramente los objetos, los sitiadores lanzaron sus columnas al asalto, por varios de los puntos que formaban la línea del Sur y por algunos de la del Norte. El ataque era precisamente por todos los lugares en que los sitiados no tenian artillería. El fuego de asaltantes y asaltados se nutrió con extraordinaria rapidez en todos los puntos del combate; pero muy notablemente en el parapeto de la línea del Sur, situado en la

calle del Prendimiento. Allí, como en todos los demás del ataque, á las columnas de los sitiadores, establecidas durante la noche, á muy corta distancia, solo les faltaba que recorrer un breve espacio del terreno, para llegar á la contra escarpa del foso, pero en ninguna parte fué mas terrible el empuje de los asaltantes.

En el momento en que empezó el nutrido fuego, se dirigió el general D. Leonardo Márquez al parapeto situado en la expresada calle del Prendimiento que, como he dicho, era el atacado con mas decision y brío por las fuerzas republicanas. Inmediatamente dió orden de que acudiesen á reforzar aquel punto veinticinco hombres de la reserva del 4.º batallon; y al llegar á él, encontró al comandante de escuadron D. Cirilo Vazquez, que era el jefe del puesto disputado, oponiendo una defensa heróica, circunstancia que hizo contener y vacilar á los asaltantes que atacaron con un arrojo y un esfuerzo verdaderamente admirables. Sin embargo del mortífero y nutrido fuego hecho por los defensores del punto, la columna republicana, detenida á muy pocas varas del parapeto, pero no rechazada ni desorganizada, sino resuelta á apoderarse de la posicion, sostenia con singular denuedo un fuego nutridísimo, sin pensar en desistir del asalto. Viendo su decision y arrojo, el general Don Leonardo Márquez ordenó al comandante general de artillería, coronel D. Manuel Ramirez Arellano, que hiciese trasladar á aquel punto un obús de 24, de las dos piezas que estaban en el parapeto de la calle de Santa Catarina, colateral con el que se encontraba tan seriamente amagado. Personalmente pasó el general D. Leonardo Márquez á ver ejecutar esta orden, y encontró al

coronel Don Gerónimo Casarrubias, jefe de la segunda línea, resistiendo también en este parapeto el fuerte empuje de las tropas republicanas que atacaban con brío extraordinario. Los fuegos de la infantería imperialista así como los de la caballería del 4 y de exploradores que sostenían las alturas de izquierda á derecha, y sobre todo, el de un cañon de á 8 que mandaba el teniente de artillería Don Ramon Santillan, hicieron retroceder, despues de un obstinado combate, á los valientes asaltantes. Conseguido esto en el parapeto de Santa Catarina, el general D. Leonardo Márquez, volvió entonces, acompañado del expresado coronel Casarrubias, al parapeto de la calle del Prendimiento, seriamente amenazado por las fuerzas liberales, que, despreciando la muerte, continuaban en su resolucion de apoderarse del punto. Los soldados de una y otra parte combatian con un valor superior á todo elogio. El coronel imperialista Don Gerónimo Casarrubias fué herido en la cara por un casco de granada, y aunque el general Don Leonardo Márquez le instó para que se retirara á curarse, rehusó hacerlo, y continuó batiéndose heroicamente. Don Apolonio Montenegro, coronel del 4.º batallon de línea, que estaba á la cabeza de las reservas de su cuerpo en la plaza de San Agustin, también fué herido en los primeros momentos del asalto. La situacion de los imperialistas era cada vez mas critica en el parapeto de la calle del Prendimiento, y el general D. Leonardo Márquez, á fin de que la pieza de artillería que habia mandado llevar á él, fuese conducida lo mas pronto posible, mandó que unos dragones del 4, ayudasen á los artilleros á conducirla á brazo, para evitar la tardanza que debia ocasionar

la operacion de poner las mulas. Puesta en batería la pieza por el comandante general de artillería, coronel Don Manuel Ramirez Arellano, rompió los fuegos sobre la columna asaltante, que ya cercana á la contra escarpa del foso, procuraba, á todo trance, apoderarse del punto. El certero y mortífero fuego de metralla hecho con la potente pieza de artillería, desorganizó á los asaltantes, y sembrando la muerte en ellos, les obligó á retroceder con sensibles pérdidas.

A la vez que en el parapeto de la calle del Prendimiento se verificaba el terrible ataque en que asaltantes y asaltados combatieron con igual denuedo, el combate se generalizó de una manera asombrosa, por uno de los salientes de la línea del Norte, que se apoyaba en el colegio de las Rosas. El general Don Leonardo Márquez marchó inmediatamente al punto amenazado, despues de haber dictado las disposiciones para la defensa del parapeto de la calle del Prendimiento, y de haber dado las instrucciones convenientes al coronel Don Gerónimo Casarrubias que, á pesar de su herida, continuaba en el campo de batalla.

Al dirigirse el general Don Leonardo Márquez al colegio de las Rosas y llegar al ángulo que forma el portal de Allende y la calle de Mira al Llano, su secretario de campaña Don Agustin Piquero, le dijo que los republicanos habian roto el perímetro de la fortificacion por el parapeto contiguo al colegio de las Rosas, y opuesto sobre una línea recta al lado de la calle del Prendimiento. Con efecto; los asaltantes, despues de recorrer las calles que desde aquel parapeto conducian á la plaza de Armas, penetra-